

## FRANCISCO R. ALMADA

Nació en Chínipas, Chihuahua, el 4 de octubre de 1896. Murió en Monterrey en 1989. Periodista y funcionario público que cultivó con cariño y dedicación la historia del norte del país.

Autor de: *Diccionario de historia, geografía y biografía chihuahuense* (1928); *Gobernantes de Chihuahua* (1929); *Apuntes históricos de la región de Chínipas* (1937); *La rebelión de Tomochi* (1938); *Diccionario de historia, geografía y biografía del Estado de Colima* (1939); *Guadalupe y Calvo. Apuntes históricos* (1940); *Anécdotas, leyendas y narraciones* (1941); *La imprenta y el periodismo en Chihuahua* (1943); *Geografía del Estado de Chihuahua* (1945); *Apuntes históricos del Municipio de Madera* (1946); *Colima y Sonora; Fragmentos sueltos; La fundación de la Villa de Ojinaga; Gobernadores del Estado de Chihuahua; Resumen de historia del Estado de Chihuahua; Juárez y Terrazas; y Aclaraciones históricas.*

Fuente: Francisco R. Almada. *La rebelión de Tomochi*. Chihuahua, Talleres Linotipográficos del Gobierno del Estado, 1938. 81 p. (Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos), p. 95-106.

### LA REBELION DE TOMOCHI

Una nueva columna de tropas federales, al mando personal del mismo general Rangel, se movilizó de Ciudad Guerrero el día 17 de octubre sobre el pueblo de Tomochi, a debelar a los sublevados, autorizado por el general Márquez para obrar discrecionalmente conforme lo exigieran las circunstancias de la guerra.

La formaban dos compañías del 9o. Batallón, una del 11o., otra de Seguridad Pública, 20 soldados del 5o. Regimiento y una sección de fuerzas auxiliares formada por rancheros, unos voluntarios y otros forzados, denominada Guardia Nacional, comandada por el mayor Genaro Bligh, haciendo un total un poco mayor de 600 hombres con un cañón Hotchkiss.

Al mismo tiempo se movilizó el coronel Torres con su columna desde Pinos Altos sobre el mismo pueblo, viniendo incorporada la fracción del 11o. Batallón que mandaba el capitán Castro y estaba allí de destacamento, y algunos voluntarios que servían de guías mandados por don Ramón G. Ochoa.

De pasada por el pueblo de Tosánachi, Torres ordenó la destrucción de un depósito de maíz que tenían allí los sublevados.

Días antes había sido destituido Estanislao Lozano de la Presidencia Seccional del mismo lugar, por dedicarse a hacer labor de agitación, habiendo nombrado la Jefatura de Guerrero en su lugar a Eutimio Quintana.

Ambas columnas ejecutaron su conjunción frente al pueblo de Tomochi el día 20 en la mañana, con un total de 1,200 hombres, integrando una "Brigada de Operaciones" al mando en jefe del general Rangel y como segundo el coronel Torres.

Las fuerzas de este último iniciaron el ataque a las siete de la mañana, como estaba acordado de antemano, bajando del Cerro del Manzano, en cuya parte alta habían pernocado la noche anterior, llegando puntualmente a la cita, mientras la otra columna se retrasaba de una a dos horas. Este retraso debía serles fatal porque fue hábilmente aprovechado por los rebeldes para batir primero a una columna y después a la otra.

Las tropas que procedían de Sonora bajaron extendidas en abanico hasta la línea del paredón que limita al río al pie del expresado cerro, en donde fueron provocados por los tomo-chitecos que salieron de sus posesiones. Cuando ya se había empeñado la acción, éstos retrocedieron intencionalmente en dirección al pueblo, perseguidos por los federales, empeñándose fiero combate en plena llanura y entre las mismas casas, en donde los rebeldes cargaron con ímpetu todos sus contingentes, protegidos eficazmente por la gente que coronaba la iglesia y el cerro de la Cueva.

La gente de Torres resistió valientemente el choque y aunque tuvo que batirse en retirada por los terrenos situados en las márgenes del arroyo de Las Arañas, dejando un reguero de muertos y heridos, causaron muchas bajas a los defensores, muriendo Jorge Ortiz y muchos de los suyos en plena llanura. Los federales se hicieron fuertes en los peñascos, salientes y árboles al pie del expresado cerro del Manzano, de donde no pudieron ser desalojados.

Cuando Rangel se avistaba sobre el cerro de la Cruz una o dos horas después, las fuerzas de Torres se habían batido en retirada y no volvieron a contraatacar ese mismo día. Este jefe se concretó a observar con sus prismáticos el desarrollo de la acción al otro lado del valle, fuera de tiro y sin salir de la línea en donde se había hecho fuerte.

La columna que procedía de Ciudad Guerrero después de haber instalado el cañón en la cima de La Cruz, iniciando un inútil cañoneo, se dividió en dos secciones mandadas por los tenientes coroneles Emilio Gallardo y Florencio Villedas, habiendo bajado la primera por el cerro de la Cruz y la segunda por el Cordón de Lino.

Los tomochitecos, libres de la columna de Torres, atacaron con impetuosidad a las secciones anteriores con toda la gente que tenían disponible, siendo éstas completamente batidas, vino el pánico y la confusión y tuvieron que retirarse derrotadas y en completa dispersión.

La derrota de estas secciones se debió a las siguientes causas: al principiar la acción el subteniente Benito Flores que avanzaba de vanguardia con fuerzas de Seguridad Pública y que sabía cómo había sido aniquilada esta fracción en el combate del 2 de septiembre, inopinadamente dio orden a su gente de dar media vuelta, se desertó frente al enemigo y dejó descubierto el flanco de las fuerzas federales, mientras el teniente Lorenzo Espejo, que con una partida de nacionales formaba parte de la reserva y había sido herido en el combate anterior, se dispersaba con los suyos sin haber disparado un cartucho, aumentando el pánico del primer descalabro, que se tradujo poco después en una completa derrota.

Las columnas federales tuvieron en su contra el valor heroico de los sublevados, su destreza extraordinaria como tiradores; la sugestión sobre la fama de invencibles que la fantasía popular les había atribuido después de su triunfo del 2 de septiembre y la desventaja de las armas, pues mientras los rebeldes estaban provistos de carabinas Winchester de 30 x 30 y 44 x 40 de repetición, en cambio los federales iban armados de rifles Remington de un solo cartucho.

Contribuyó también a la derrota de las tropas del gobierno el desconocimiento que éstas tenían del terreno y principalmente del enemigo con quien tenían que habérselas. Este estaba habituado a la lucha armada en contra de los apaches, en que la destreza del cazador, la astucia, la resistencia y toda clase de fatigas y el valor desesperado del que temía caer en manos de los indios, que no le perdonaban nunca, constituían las características del combatiente.

En cambio, las fuerzas federales atacaron a los tomochitecos con todas las reglas de la táctica militar, como si se tra-

tara de un simulacro en día de fiesta o de un enemigo igual a ellos en organización y disciplina.

Las líneas de tiradores fueron destrozadas por los rebeldes, a pesar de que éstos surgían a pecho descubierto de las llanuras del fondo del valle, mientras los federales ocupaban posiciones dominantes en lo alto de los cerros cubiertos de vegetación; vino la confusión de las líneas por la mala táctica empleada por los jefes de las columnas, que no habían aprovechado la experiencia de la derrota anterior, y en seguida la retirada y la dispersión más completa.

Si se rehicieron los federales y pudieron estrechar el cerco del pueblo, se debió a su superioridad numérica exagerada, a que recibían de Ciudad Guerrero elementos de boca y de guerra y a que las bajas del enemigo en hombres y en municiones eran definitivas, pues no les era posible sustituirlas. Estos estaban condenados inexorablemente a sucumbir, en virtud de que nunca quisieron abandonar su pueblo, a pesar de que el sitio no fue estrechado en forma rigurosa hasta los últimos días.

Tanto las fuerzas de Sonora como las que mandaba el general Rangel, retrocedieron dejando un rastro enorme de sangre. Numerosos muertos y heridos quedaron tirados sobre el campo sin que las fuerzas federales hubieran podido recoger más que a los que habían caído cerca de sus líneas. Muchos heridos quedaron abandonados a la inclemencia del tiempo, soportando el sol en el día y el cierzo helado del clima frío de Tomochi en la noche y sin haber recibido la primera curación exhalaban el último aliento, víctimas no sólo de las heridas, sino de la sed y del hambre.

Cuando se levantó el campo días después, en que ya había aflojado la defensa y fue posible enviar cuadrillas de salvamento a ejecutar esta obra de humanidad, los cadáveres habían entrado en estado de descomposición y se encontraban devorados por las fieras o por los animales domésticos, y los heridos habían expirado sin recibir el menor auxilio, ni consuelo, en medio de la agonía más atroz, producida por la desolación, el abandono y el hambre o la sed. En iguales condiciones quedaron también las bajas de los defensores.

En la tarde del mismo día 20 todas las familias que habían quedado en el pueblo se reconcentraron a la iglesia y al cuartel por orden de Cruz Chávez y en la noche el coronel Torres ejecutó su conjunción en el campamento del general Rangel,

situado en el cerro de la Cruz, por orden escrita de éste y dirigidos por un guía experto que le mandó.

La columna de Sonora bajó del cerro del Manzano al valle siguiendo la margen izquierda del río para abajo, pasaron éste y atravesaron la llanura en frente del Cordón de La Ciénega, habiendo ejecutado su reunión sin haber sido sentidos por los tomochitecos, pues para despistarlos previamente habían dejado fogatas encendidas en los puntos en donde habían estado vivaqueados.

El día 21 se estableció el cuartel general sobre el cerro de Medrano, situado en medio del valle, completamente aislado y dominando en forma absoluta el caserío, habiéndose dirigido de allí el asedio del pueblo. El cañoncito reanudó su bombardeo sin haber logrado abrir brecha en los muros de adobe de las casas del pueblo. Dos días después fue localizado el teniente Espejo con algunos de sus hombres en el Rancho del Terrero y llevados ante el general, quien, después de haberlos reprendido severamente, les impuso como castigo por haberse dispersado que se dedicaran a levantar los muertos y heridos de los federales y a hacer leña para quemar los del enemigo. El subteniente Flores jamás fue localizado.

Al recibir la noticia el general Márquez, de la derrota del 20 de octubre, salió personalmente con una parte de la guarnición que allí había, en dirección a Tomochi a asumir la dirección de las operaciones llevando 30 infantes del 11o. Batallón y 35 dragones del 5o. Regimiento, pernctando en La Generala el día 21. A la mañana siguiente prosiguió su marcha; pero al llegar al Rancho de El Terrero recibió un oficio de Rangel en el que le comunicaba la ocupación del cerro de Medrano; que el enemigo, reducido considerablemente en número, sólo ocupaba una parte de la población que esperaba tomar en breve y que había recuperado armas y equipo perdidos el 2 de septiembre; rogándole por último que regresara a Ciudad Guerrero, en donde consideraba necesaria su presencia por la agitación que prevalecía y el consiguiente peligro que atacaran esta plaza.

El general en jefe accedió a esta súplica, ordenando que la infantería siguiera adelante con un convoy de víveres y municiones para reforzar a los sitiadores y él regresó con la caballería, arribando a Ciudad Guerrero el día 23 a las tres de la tarde.

Los tiroteos y escaramuzas se sucedieron diariamente entre

las fuerzas beligerantes, sin emprenderse otro ataque en forma, concretándose los sitiadores a cazar a los tomochitecos que se atrevían a salir fuera de sus defensas, a excepción del asalto y toma del cerro de la Cueva en la mañana del día 25 expugnado a sangre y fuego.

Estaba defendido por la guerrilla que mandaba Pedro Charro y fue atacado por fuerzas del 9o. Batallón dirigidas por el capitán 1o. Eduardo Molina, quien perdió la vida en los últimos disparos y ya cuando sus fuerzas victoriosas ocupaban la cima del cerro. Los defensores fueron aniquilados casi en su totalidad; pero con las armas en la mano, vendiendo caras sus vidas.

Los defensores de este cerro tenían en jaque constante a los federales, estorbando todos sus movimientos; por lo que el mando militar comisionó al capitán Manuel Fuentevilla para que previamente con fuerzas del 11o. Batallón hiciera un reconocimiento por las serranías del Durazno situadas al Este, habiendo regresado sin ninguna novedad.

El ataque duró media hora, causó 23 muertos a los federales además del capitán Molina y fue apoyado eficazmente por el capitán Nicolás Luna, quien anticipadamente se había situado con 40 hombres del 24o. Batallón en la cima del cerro del Manzano.

En la parte alta de la Cueva se observan todavía los restos de las defensas construidas por Charro y los suyos, y en la falda, dando vista para el pueblo, también los restos de las trincheras que improvisaron los federales después de haberlo tomado, para hostilizar desde allí a los defensores de la iglesia y del cuartel.

Las fuerzas del gobierno fueron ocupando poco a poco las casas de la población, que en su mayoría estaban solas, las que saqueaban, destruían e incendiaban estrechando cada vez más el círculo de los defensores. Esta operación la iniciaron los nacionales de Sonora el mismo día 21 en la mañana en que el cuartel general se situó en el cerro de Medrano; repitiéndose sucesivamente en los días 22, 23 y 24. A continuación se encomendó esta labor a las fuerzas del 11o. Batallón.

El 25, después de la ocupación del cerro de la Cueva, los defensores quedaron reducidos al templo católico, a la casa habitación de don Julián Rodríguez que servía de cuartel rebelde, situada 100 metros al N.O. del anterior, y a la casa de

José Dolores Rodríguez, 30 metros al Este del cuartel, en donde estaban reclusos los prisioneros.

El día 26 en la mañana bajaron el general Rangel y el coronel Torres, a reconocer el Valle y a mediodía se situó el Cuartel General en la casa de los Medrano instalándose allí mismo el 9o. Batallón, los nacionales y el cañón, quedando arriba del cerro de Medrano el teniente coronel Emilio Gallardo con las fracciones de los Batallones 12o. y 24o. y Seguridad Pública.

El templo estaba situado en una meseta, separada del resto del valle por el arroyo de Lino. Era de una sola nave con cruceros laterales, una puerta mirando al Este, ventanales a los lados y una torre a la izquierda, anexa al ángulo N.E. que tenía una puerta chica con el mismo frente de la del templo y en el interior un caracol de madera que daba comunicación para el coro y el campanario. A continuación y por el mismo lado Oriente, el cementerio limitado por una barda de un metro de altura, con tres arcos enjarrados, en la parte media de los tres lados restantes. Apenas se notan huellas de la barda; pero los arcos de los lados Este y Norte se conservan todavía.

La meseta inclinada arranca del pie de los cerros de la Cueva y del Cantil y de la margen izquierda del arroyo de Lino con una elevación de dos a tres metros sobre el cauce de éste y va a morir al Oeste para el lado del río, encontrándose frente a la desembocadura del arroyo de las Arañas las casas de doña Felicitas Villarreal, más abajo la de Cruz Chávez que hoy habita Carlos Acosta y rumbo al Sur, las de don Timoteo Ledesma que era de don Reyes Domínguez y la de don Pablo Rodríguez.

Reducidos los rebeldes a los tres locales expresados, que se encontraban en buen estado de defensa; pero sin elementos de boca y casi agotadas las municiones, exánimes de hambre y sed inclusive las mujeres y los niños, muchos de ellos heridos y enfermos y teniendo que soportar el mal ambiente por el estado de descomposición de los cadáveres insepultos y de los heridos sin curar, sin embargo, no cejaban en su obstinada y heroica defensa.

El día 25 logró fugarse un soldado de la Guardia Nacional llamado Rodrigo Ortega, herido en la cabeza y prisionero en la acción del 2 de septiembre. A pesar de que fue tiroteado por los rebeldes, logró llegar sano y salvo a las líneas federales.

Por él tuvo informes precisos el general Rangel sobre la situación desastrosa en que se encontraban los defensores, a

quienes ya escaseaba el parque y faltaban las provisiones y apresuró su aniquilamiento.

El día 26, a las 3 de la tarde, fue incendiada la iglesia por las fuerzas del 11o. Batallón dirigidas por el capitán 2o. Francisco Manzano, las que procedentes del cerro de Medrano habían estrechado el cerco, ocupando la noche anterior las casas ubicadas al Sur. Apoyadas eficazmente por la Sección del capitán Castro, que ocupaba el cerro de la Cueva, se aproximaron a paso veloz hasta posesionarse de la barda del cementerio por los lados Este y Sur.

En el templo se encontraban refugiadas la mayoría de las familias y un núcleo de diez a doce defensores reconcentrados en las azoteas.

Los federales llegaron velozmente a la única puerta del templo y le prendieron fuego con rastrojo y petróleo, extendiéndose vertiginosamente al coro y al techo, habiéndose formado una inmensa hoguera con todo el edificio.

El pánico, el terror y la desesperación se apoderó de aquella gente en una forma indescriptible y todos quisieron bajar apresuradamente por el caracol de madera de la torre, buscando salida por la minúscula puertecilla de la misma, que daba para el cementerio.

Los que lograron salir por el único escape que les quedaba, lo hacían bajo el doble fuego de los federales apostados en el cerro de la Cueva y en la barda inmediata, sin ningún peligro para éstos, pues los pocos defensores y las familias sólo buscaban la manera de salir de aquella hoguera en medio del pánico y de la confusión más horrible. Los soldados les gritaban que tomaran a la derecha, para donde ellos se encontraban; pero los que tomaban a la izquierda, en dirección al cuartel rebelde, eran cazados sin misericordia por el doble fuego de la barda y del cerro, situado éste a 250 metros de distancia.

Unos lograron su propósito, otros fueron balaceados antes de llegar al reducto tomochiteco y los más se replegaron a las líneas federales.

Al pretender salir doña Antonia Holguín viuda de Medrano, señora alta y corpulenta, cayó herida de muerte, atravesada en la citada puertecilla, cuya hoja se entrecerró, y detrás de ella cayeron otros y otros más, formándose un hacinamiento humano de muertos, heridos y contusos que obstruyó totalmente la salida, mientras el incendio tomaba proporciones dantescas.

Ya en estas condiciones no era posible que nadie hiciera resistencia y los federales se aproximaron procediendo a romper el postigo de la puerta, por donde sacaron con dificultades a los que fue posible, pereciendo todos los demás en medio de las llamas y del derrumbe del edificio provocado por el incendio.

La señorita Magdalena Ortega se salvó arrojándose de lo alto de la torre; doña Estéfana Villarreal de Mendías salió con un niño en los brazos, dejando adentro a su hijita Gumerinda Mendías, que fue salvada; en el camino le mataron al niño que llevaba consigo y a ella al llegar al dintel de la puerta del cuartel rebelde. Doña Felicitas Villarreal de Acosta salió también como loca dejando una niña de un año que pereció abrasada, habiéndose salvado ella porque en medio de su espanto tomó dirección a las líneas federales. Escenas como éstas se repitieron en aquellos instantes, pues entre la iglesia y el cuartel quedaron doce personas muertas por el fuego de los federales.

Se salvaron más de cincuenta personas entre mujeres y niños, los que fueron reconcentrados a la casa de don Reyes Domínguez, inclusive cinco de los combatientes, entre ellos don Francisco Calderón, los que fueron fusilados en seguida a espaldas de la misma casa.

Al remover los escombros de la iglesia, pocos días después se extrajeron 25 cadáveres nada más del cubo de la torre y 35 del resto de la iglesia.

Este edificio fue reconstruido años más tarde, unos metros al Sur del que fue incendiado, habiéndose aprovechado tierra y piedra de éste para la nueva construcción. Es también de una nave, poco más chica y no tiene cruceros, ni torre.

Quedan como huellas del templo colonial pequeños montículos de tierra, siendo el más grande el que corresponde a la antigua torre, y las zanjas de los cimientos de donde se tomó la piedra para la nueva edificación.

El mismo día 26 fueron libertados los prisioneros de los combates del 2 de septiembre y del 20 de octubre, quienes como ya expresé, se encontraban reclusos en la casa de José Dolores Rodríguez cercana a la que servía de cuartel, habiendo sido horadada por el lado del cerro de la Cueva. Esta casa es propiedad actualmente de don Rafael Mendoza y la habita Antonio Flores.

Entre los prisioneros venía un soldado de Seguridad Públi-

ca llamado Eustaquio Santiago, cogido el 2 de septiembre, quien se había batido en las filas rebeldes durante varios días y después había regresado a la prisión a unirse a sus antiguos compañeros. Conocida esta conducta del general Rangel, lo mandó ejecutar sumariamente.

Después del incendio de la iglesia, el general en jefe mandó a un jefecillo yaqui llamado Enrique Chabolé, antiguo amigo de Cruz, que fuera a entrevistar a éste invitándole a rendirse. El jefe rebelde se negó categóricamente; pero permitió que salieran las familias que estaban allí encerradas y aún apremió a algunas que querían quedarse, siendo llevadas a la casa de los Medrano, en donde el general acababa de establecer su cuartel. Sin embargo, quedaron algunas familias que se rehusaron a salir.

Se les juntó con las que habían sido salvadas en la iglesia y Rangel les guardó toda clase de consideraciones, tratando de consolarlas en medio de su desventura. La casa de los Medrano se encuentra 250 metros al Este del cerro del mismo nombre, a la derecha del camino real de Ocampo y en la actualidad está habitada por la familia Montoya.

El general se concretó los días 27 y 28 a estrechar la circunvalación a los sitiados en forma rigurosa para evitar que fueran a evadirse, a pesar de la lluvia pertinaz que cayó sobre los federales, cuyos puestos avanzados fueron vigilados sin descanso por el capitán Fuentesvilla.

En la noche del mismo día 28, Chabolé y Escandón, quien también venía entre los sitiadores, estuvieron a entrevistar a Cruz Chávez, ofreciéndole sacarlo de allí y apoyarlo con la gente que tenía a su mando y alguna otra que estaba de acuerdo con ellos para evitar que fueran a cogerlo. Rehusó la oferta porque estaba herido de gravedad su hermano Manuel y casi todos los hombres de combate que le quedaban, a excepción de cuatro que estaban buenos. Le preguntaron entonces qué deseaba, habiéndoles pedido agua porque hacía varios días que carecían de ella y se encontraban todos sedientos y que le trajeran algo de comer, dándoles \$45.00 en billetes. Le llevaron dos ollas de agua; pero se vino la mañana sin que hubiera sido posible que les llevaran comida. Días después Chabolé devolvió el dinero a doña Clara Calderón viuda de Manuel Chávez.

El 29 a las 5 de la mañana, se logró que saliera el resto de las familias del enemigo y a las 10 tocó su turno al Cuartel

rebelde. Cruz Chávez con los pocos supervivientes de aquella tragedia se habían negado a rendirse, ya sin un cartucho y en número aproximado de veinte, casi todos heridos.

Los soldados federales se aproximaron hasta el edificio que ocupaban, subiendo a las azoteas. Horadaron el techo y vaciaron petróleo y rastrojo ardiendo al interior, provocando el incendio, al mismo tiempo que por las chimeneas y aspilleras hacían fuego los federales para acabar con el último reducto. Las fuerzas que ocupaban las alturas bajaron todas al valle, estrechando totalmente el círculo de hierro y fuego que envolvía a los últimos defensores.

A última hora la puerta fue rota a hachazos por los mismos asaltantes, los que sacaron con vida a los que aún quedaban entre el humo y las llamas, porque estaban imposibilitados físicamente para moverse. Asimismo fueron salvadas algunas mujeres y niños.

Los últimos siete de los defensores que se sacaron con vida de aquel antro de muerte, iban todos heridos. Entre ellos se contaban Cruz Chávez, José Calderón, Lázaro Rodríguez, Nicolás Méndias y David Chávez. El jefe rebelde herido de las dos piernas y de un brazo, arrastrando su rifle con la única mano buena que le quedaba y manifestando que no se rendía, salió en brazos de su cuñada doña Clara Calderón. Todos ellos fueron llevados al portal de la casa inmediata.

Cruz pidió un cigarro al capitán Manzano y mientras lo fumaba, la señora Calderón de Chávez fue enviada al cuartel en solicitud de los auxilios del Médico Militar; pero a la mitad del camino escuchó las detonaciones de las armas que habían acabado de matar a los últimos defensores de Tomochi.

El asalto y toma del cuartel fue ejecutado por fracciones de los batallones 11o. y 24o. y de nacionales, duró como una hora y causó las últimas cinco bajas a las fuerzas atacantes.

Sólo quedaron con vida mujeres, niños y adolescentes que se habían cogido en la destrucción de la iglesia, que habían salido del cuartel y que se habían salvado en la toma de éste. Sumaban éstos 43 mujeres y 71 niños, únicos supervivientes de aquel pueblo extraordinariamente valiente y heroico, pues los defensores fueron aniquilados totalmente, habiéndose salvado solamente aquellos que no cayeron en poder de las fuerzas federales.

El cuartel rebelde desapareció por completo y sólo quedan como objetos de identificación, un durazno que estaba en el patio de la casa y, en la orilla del paredón que da al arroyo

de Lino, algunas piedras que tal vez pertenecieron a los cimientos de la misma. El terreno en que se levantaba, está convertido en tierra de labor y numerosas veces ha sido hollado por los arados tomochitecos.

La rebelión atávica de Teporame se cernía sobre el pueblo de Tomochi, y al igual que el general indio, irreductible ante la fuerza del conquistador español que llegaba hasta sus lejanas tierras, reacio a la confesión y a las gracias divinas que le ofrecían los blancos, mientras no viera a uno de ellos entrar calzado y vestido al cielo, y fijo su espíritu en la venganza al apostrofarlos que él también había ahorcado frailes y españoles; surgió muchos años después la tenacidad estoica de Cruz Chávez, mestizo y católico como obra de la conquista, sin manifestar odios ni rencores ancestrales; pero con la misma entereza de Teporame, se negó a rendirse y sólo la superioridad de las armas de los federales que le quitaron la vida pudieron obligarlo a cejar en su defensa obstinada y heroica.

Los hechos de armas de Tomochi, o mejor dicho, la derrota de las columnas federales el primer día del asedio, la heroica defensa que los sublevados hicieron de su pueblo durante diez días, frente a un enemigo diez veces superior, el combate espectacular del Cerro de la Cueva, el incendio total de las casas, inclusive el cuartel y la iglesia, el aniquilamiento de los defensores, quienes se manejaron en todos sus actos con un valor indómito y una energía irreductible, no igualados, y el desamparo de las familias por la muerte de sus deudos, dejaron en el ánimo de los soldados del gobierno una impresión imborrable; pero no de odio, sino de admiración, de compasión y hasta de simpatía.

Al regresar a sus cuarteles o a los lugares de su residencia, fueron ellos mismos los que popularizaron a los cuatro vientos, en medio del asombro y de una admiración atónita, los episodios de la epopeya extraordinaria de Tomochi, llevada a cabo por la indómita bravura de sus hombres, quienes sucumbieron antes que rendir sus armas. Aquí fue en donde la imaginación de los hombres del gobierno trabajó con exceso abultando unos hechos, exagerando otros y aceptando versiones sin depurar, formando una mezcla confusa de tragedia y de leyenda.

El corrido, vehículo de popularización de nuestro medio, también contribuyó a propagar los episodios de la guerra de Tomochi y la leyenda de que ha sido rodeada.